

EL CUARTO PODER

PQ7297
R2
C8

NOVELA ORIGINAL

BANCHO ROLD

PROPIEDAD DE LOS EDITORES.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

86088

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, MEXICO

La Ciudad de los Palacios.

SUAVE y grata somnolencia iba apoderándose de mí y embargando mis sentidos; pues no daba siquiera pretexto para dormir pesadamente la fácil digestión de la comida ó comestramento que, en lacónica ración y de rala sustancia, se servía á los huéspedes de D. Ambrosio Barbadillo; y cuando ya entraba en esa confusión de imágenes é ideas que precede al sueño, un trueno que estalló en el cielo y se alejó en seguida, como rodando sobre un empedrado de peñas enormes, me hizo dar un salto, que estremeció la mal segura cama sobre las débiles patas que la sostenían.

Un trueno, así como á las tres de la tarde de un día de Mayo, era causa bastante para despertar en un rancharo ausente de la *querencia* una multitud de recuerdos, de esos que antes son sentidos en el corazón que evocados en la mente. Yo sentí en el alma la libertad y la alegría del campo, al par que sus puras emanaciones, y en mi imaginación se pintaron aquellos hermosos cuadros con que de niño alimentaba esa sed insaciable de poesía, que es como el estímulo de las almas buenas, cuando aun no conocen el de la ruin envidia ni el de la voraz ambición.

¿Cómo no sentir la nostalgia del campo? La tierra está seca y sedienta; los árboles mustios se visten de hojas tostadas por el sol ardiente de la primavera; los arroyos arrastran apenas delgados hilos de agua, que absorbe ansiosa la caliente arena del lecho; las llanuras están amarillentas, y los ganados pacen en ellas con desgana y tristeza, prefiriendo quizá la sombra escasa de los árboles, que mitiga el ardor de siesta, al pasto miserable, áspero y sin jugo, que entresaca de los zacatales. Y cuando el campo está

así, asoma por detrás de la azulada sierra la nube blanca, semejando copo de limpio algodón, asciende con lentitud, se ensancha, abarca toda la línea del cielo, que cortan caprichosamente las crestas de las montañas del Norte; avanza hasta el zenit, cambiando su blancura en oscuro color de plomo, y al fin anuncia la resurrección de la naturaleza con el ronco trueno que en su seno estalla, y que repiten las escarpaduras de la sierra, para espareirle con doblado estruendo sobre el valle estremecido.....

Aquel trueno parece la voz de Dios, según alienta y vigoriza el alma, alegra y exalta el corazón, impone y conmueve; y parece que á ella contesta la naturaleza toda, despertando al conjuro de la buena nueva, como tocada de eléctrica corriente. Es el verdor de los campos que se anuncia; es el rumor de los arroyos y el suspiro del viento entre los árboles que llega; es la mies que crece y se cubre de penachos de oro; es la vida, en fin, que tras dilatada ausencia, vuelve para embellecerlo todo: desde las llanuras, que se esmaltan de flores, hasta el corazón

del sembrador que se llena de esperanza.

Al primer trueno sucede otro, y entonces, la res, que quedara antes suspensa y recogida, salta y corre por el llano gozosa y juguetona; vuelven las temerosas cabras al aprisco, acuden las aves al oculto nido, y los trabajadores se aperceben para abrigar las sudorosas espaldas. Y en tanto el cielo se nubla más y más hasta oscurecer la tierra, los truenos se suceden, un cortinaje plomizo de desatada lluvia va cubriendo la sierra, sobre su fondo oscuro vibra una cinta de luz deslumbradora quebrada en agudo zigzag, y el viento húmedo y fresco, que baja de la falda del monte, trae hasta nosotros el sabroso y deseado olor de la tierra empapada en la primera lluvia.

¡Bendito sea mil veces ese Dios que levanta las nubes del seno de los mares; que las apiña en los aires y las desata en lluvia sobre los sedientos campos! ¡Bendito sea ese Dios que.....!

¿Pero de dónde viene este malísimo olor que invade mi cuarto? ¡Adios campos y flores, nubes y tierra mojada!

En efecto, un olor de mil demonios, capaz de producir náuseas y aun algo más serio, cortó el hilo de mis poéticas memorias, echándome repentina y desapaciblemente en la grotesca realidad que me rodeaba. No pude soportarle mucho rato y salí al angosto corredorcillo que en el piso alto de la casa había, y como en verdad llovía á torrentes, anduve, estrechándome con la pared, hasta llegar á la sala de Don Ambrosio, ó por mejor decir á la de la casa de huéspedes de que aquel era dueño, administrador y algunas veces portero.

Al verme entrar, el viejo sin alzar la cabeza, me miró por encima de los anteojos, puso el tomo de Alamán que leía, sobre la vacilante mesa redonda, y arrellenándose en su sillón de vaqueta, me dijo señalando el libro:

—Esto es bueno.

—Sí, le contesté, sin hacer caso de su manía de elogiar á Alamán. Pero dígame vd. ¿por qué hay esta pestilencia en toda la casa?

—Pues porque lluevel me respondió con naturalidad.

—¡Porque llueve! exclamé estupefacto.

Y aunque muy rápidamente, pasó por mi cabeza la idea de si no llovería en la *Ciudad de los Palacios* agua tan limpia como en todas partes.

—Son las atarjeas, continuó el viejo; es decir, la alcantarilla de la calle. Es que la ciudad no tiene desagüe ni lo tiene el valle de México tampoco, ni lo tendrá mientras la *leperuza* que se llama liberal esté dominando en el país. ¿Ya ve vd. esa peste? Pues estos tienen la culpa, porque no se acuerdan de las necesidades de la Nación. Si yo fuera presidente un año ¿sabe vd.? ¡un año no más! dejaba yo el valle seco como la yesca, y la ciudad limpia, sin lodo, ni charcos, ni hedor. Con que si vd. es liberalito, aguante y diga que huele á rosas.

Don Ambrosio se había puesto en pie y hablaba con tono irritado, como de costumbre. La montera de hilo negro parecía ple-garse con ira, como las mejillas de su dueño, y la borla saltaba de las sienes al colodrillo y del colodrillo á la frente con incesante inquietud. La piel, de suyo roja, del buen Bar-

badillo, se había puesto escarlata; chispeaban los encapotados ojos, y el espeso y cano bigote, dorado en su parte principal por el humo del tabaco, se agitaba con fuerza por la ausencia de toda la dentadura.

Los treinta y tantos días que llevaba yo de tratarle, eran más que bastantes para que me fuera bien conocido su genio gruñón y áspero aunque inofensivo. Mis compañeros de hospedaje le daban por el flaco y armaban con él cada disputa que aturdían la casa hasta hacer ladrar al perro de la portera, chillar á la cotorra de Jacintita Barbadi-
llo, huir al gato de los estudiantes, y aun atraer á la puerta del comedor (en donde el caso era más frecuente), á los chicos del Agente de negocios, con sus caras sucias, rotos pantalones y zapatos derrengados.

Dicha la última frase, Don Ambrosio volvió á su sillón; pero no llegó á sentarse, porque le pregunté:

—¿Y á qué viene todo eso?

—¿A qué viene? me replicó, encarándose otra vez conmigo. A que vd. ha aprendido del «enteco» de Joaquín á criticarlo todo,

como si estuvieran acabaditos de llegar de París. México es la primera ciudad de la América latina, y digan ustedes lo que quieran. Los extranjeros que llegan aquí, se quedan admirados; sí, señor, admirados verdaderamente. Y si cuando llueve hay mal olor, eso es culpa no de la ciudad, sino de quien no la limpia. Es porque esta *leperuza* liberal.....

Y siguió Don Ambrosio con un largo párrafo de declamación airada y terrible, que no tuviera fin, á no entrar en la sala el estudiante á quien antes había nombrado y que casi casi le causaba miedo.

Aquel muchacho, canijo y enclenque, pálido, ojeroso y de grandes, delgadas y transparentes orejas, no podía estar quieto delante de Barbadillo, á quien movía á toda hora disputas, calentándole la sangre y provocando su explosiva cólera. Llegar, comenzar á reír, y tomar por su cuenta el negocio, fué todo uno; de suerte que yo cambié de buena gana mi papel de actor por el de espectador de aquella regocijadísima cuestión, la cual se prolongó durante mucho rato, haciéndome

me olvidar la lluvia y hasta el mal olor de que tenían la culpa los liberales.

Serían las cuatro y media cuando la lluvia cesó por completo, y el sol comenzó á entrar como á hurtadillas por el balcón de la sala, secando los ladrillos que en buen espacio había invadido el agua, escurrida por debajo de la vidriera. Entonces, al ruido del agua que caía sucedió el del agua fuertemente removida por los coches que pasaban; y al de los truenos, el de mil gritos, silbidos y carcajadas que se confundían en la calle, y llegaban á nosotros formando un rumor áspero y casi uniforme.

Joaquín y el viejo me siguieron al balcón, al cual salí movido de la curiosidad que la singular algazara despertó en mí.

La calle del Puente de Monzón estaba de bote en bote, al grado de no dejar ver las banquetas sino en uno que otro punto cerca de las paredes. Monserrate y el Tompeate no estaban menos favorecidas; aquello era un río encauzado por los edificios de una y otra banda; pero río de agua sucia, espesa y pestilente, que exponía á la vista de todos,

los asquerosos intestinos de la ciudad. El español del tendajón de enfrente, metía y apretaba con premiosa actividad gruesa tabla entre los quiciales de la puerta, á manera de dique, para cerrar el paso al agua, antes que las avenidas de las calles adyacentes inundaran el interior de su establecimiento. Los carniceros vecinos, después de armar igual defensa, aunque tardía, por ser su puerta más baja, achicaban el cuarto á jicaras, con el agua á la pantorrilla. En todas las tiendas se trabajaba de un modo semejante; en varios zaguanes colocaban los mozos ó los habitantes de pobre condición, tablas levantadas sobre ladrillos, para que los señores principales pudieran entrar á pie enjuto hasta la escalera.

Para que todo esto fuera un espectáculo, no faltaban siquiera espectadores. Los balcones estaban todos llenos de gente, como si se tratara del desfile de la columna de honor en fiesta nacional. Hombres, señoras de edad, muchachas guapas y feas y niñas de todas edades, contemplaban con regocijo y celebraban con risas los apuros de los inun-

dados, al par que festejaban las groserías de los pilluelos apostados en gran número en las esquinas, quienes ya pasaban aprisa, con los calzones hasta la rodilla, para salpicar á un transeunte tímido, detenido por el río, ya disparaban una silba aturdidora sobre otro que, desesperando de salvarse, se metía resuelta y coléricamente en el agua para llegar al puerto de un zaguán.

Los simones pasaban frecuentemente, sin hacer caso del transeunte detenido que los llamaba con palmadas y voces, y que á lo más obtenía por respuesta una rociada encima, y una oleada que llegaba á cubrirle los pies. Lo cual era oro molido para los *cargadores* ó mozos de cordel que solicitaban *carga*; pues al fin el transeunte aceptaba sus robustas espaldas para llegar á punto seco, excitando la grotesca y ridícula figura que presentaba, cabalgando sobre el mozo á horcajadas, los silbidos de las esquinas y las festivas carcajadas de los balcones.

¡Alegre tarde aquella, por vida mía, en que reí hasta lastimarme la garganta, á buena cuenta de lo que después he dado yo

que reir en circunstancias parecidas! Un mozo cae con su carga al cruzar la calle, y la carga le propina un bofetón de cuello vuelto, saliendo ambos de allí hechos una sopa de lodo. Una vieja asoma por un zaguán inundado, mediante el sistema trabajosísimo de dos sillas que se adelantan una después de otra, y da con su cuerpo en el agua, entre las dos muletas, cuando está á tres varas del simón que la espera. El licenciado de la esquina, que ha llegado como por milagro hasta á diez varas de su casa, haciendo prodigios de equilibrio, sin mojarse más que hasta el tobillo, arma un difícil salto para salvar un bache y tomar buen rumbo; pero con tan poco tino, que resbala y cae de rodillas en lo más hondo del charco.

Y en tanto el agua sube y sube, aumentando su caudal con las corrientes mansas pero constantes de las calles vecinas; y crecen los silbidos, las risas, las puyas de Joaquín y las protestas de Barbadillo, el cual jura que en aquella agua asquerosa debieran ser bañados todos los de la chusma liberalisca, que no han podido en pocos mi-

nutos conseguir el desagüe, aunque tampoco lo hicieron los conservadoses en muchos años de tener el panderó en la mano.

Nuevos gritos de los pilletes desarrapados llamaron nuestra atención, y vimos que un mozo se tambaleaba en la esquina de la derecha, cargando á un individuo que alzaba los pies cuanto podía para no mojarse, y señalaba la calle del Puente de Monzón. Afirmó la planta el mozo, y con paso lento y firme se encaminó por la dirección marcada, hasta llegar frente á nosotros. El jinete señaló la puerta de la casa de huéspedes, y como entonces le miráramos más detenidamente, yo no pude menos de exclamar:

—¡Yo conozco esa cara!

II.

Un buen consejo.

Cómo no había de conocerla! Era la misma, ni más ni menos, que dejé en San Martín de la Piedra en la Jefatura política, y que no encontré á mi regreso porque, un Jefe, al entrar, puso á su dueño de patitas en la calle para colocar en la Secretaría á su propio yerno. Era Sabás Carrasco, bajo un disfraz de caballereite que daba á su estampa grande y pasmosa distinción, en términos de causarme vergüenza mi aire de ganso de pueblo y mi vestido cortado por tijeras de provincia. ¿Habría heredado? ¿Pero á quién diablos había de heredar un hombre que sólo tenía parientes en los jacales

del barrio de las Lomas, y en la ranchería de los Zopilotes?

Me apretó en estrecho abrazo, con el cariño del paisanaje que tanto vale lejos del terruño en que nacimos, mayormente si nos encontramos en el aislamiento de las ciudades populosas. En el pueblo no quería yo á Carrasco, ni le traté mucho, ni quise tratarle tampoco; pero allí, en la casa de Barbado, en la calle del Puente de Monzón, en la *Ciudad de los Palacios*, después de más de treinta días de no ver sino caras indiferentes (con las poquísimas excepciones que en su sazón y cuando venga á cuento diré), le quise de veras en el instante en que le ví, ni más ni menos que hijo extraviado que topa, sin conocerla, con la señora que le dió el ser, en estupendo dramón patibulario.

Cambiáronse frases de contento por el hallazgo, preguntas sobre amigos y parientes, y al fin, menos discreto que yo, llegó á hacerme la sacramental pregunta:

—¿Y qué buenos vientos traen á vd. por acá?

Nada de particular. El empleillo de la ca-

pital del Estado no era malejo. Cuando el gobierno cambió, yo iba á ascender mucho, como que el nuevo Gobernador y sus amigos lo eran míos en alto grado; pero el Padre Marojo cayó enfermo, y yo que tanto le debía, no pude excusarme, ni quise tampoco, de ir á recoger su último aliento. Murió el buen anciano después de larga enfermedad, y yo tuve que cumplir el deber postero. Pero los negocios andaban tan mal en San Martín, que la crisis monetaria era desesperante y quitaba la gana de entrar en ninguna empresa, al paso que la política de la capital tomaba un sesgo desagradable para mí. Y he ahí el motivo que me impulsó á marchar hacia la gran metrópoli, en busca de mejores condiciones para el trabajo y para el logro de mis aspiraciones, á las cuales venía estrecha la esperanza que en mi tierra pudiera legítima y cuerdamente abrigarse.

Nunca había yo mentido con más desparpajo ni menos temor de Dios; pero el buen Sabás que no se chupaba el dedo, y que fué haciéndome preguntas cargadas al ramo de

hacienda y á mi sistema rentístico, con algunos toques de balanza y corte de caja, llegó á poner en claro que estaba yo, con amigos gobernadores y aspiraciones infinitas á la cuarta pregunta. Y puesto en claro tan importante asunto, me acribilló á interrogaciones hasta dar por tierra con mi vanidosa vergüenza y rendirme sin remedio.

Tuve que declararlo: necesitaba yo urgentemente una colocación, un trabajo cualquiera que me produjese un sueldo, por más que la retribución no pasara de muy humilde; bien que para extremar así la franqueza, me callé la inversión que daba á la renta de mis caballerías de terreno.

Oyó Sabás impasible mis explicaciones. Una hora hacía que hablábamos, y agradable confianza reemplazaba ya á la vanidad cuidadosa que antes me hiciera mentir tan sin conciencia. Carraseo, verdaderamente interesado en mi favor, hablaba con la naturalidad humilde de quien, como desde San Martín, se juzgaba inferior á mí en todo y por todo.

—Vea vd., me dijo en el discurso de la

conversación; yo no sé si á vd. le agradará un medio de trabajar que es productivo y de mucho porvenir...

—¿Cuál es? pregunté, abriendo los ojos cuanto pude.

—La independenciam de su carácter quizá no lo consienta, continuó Carrasco, mortificado con la mayor buena fe, por tener que decírmelo.

—Veamos, dije yo con ansiedad. ¿Cuáles es?

—Escribir.

—¡Cómo escribir!

—Sí; escribir en un periódico; ser periodista.

—Pero si yo no he escrito jamás, repliqué con desaliento.

—¡Qué no! ¡Pues no habré visto lo que vd. escribier!

—¡Yo!

—Sí, señor; vd. escribió la proclama de Don Mateo en San Martín.

—¡Ah!

—Y de esto hace ya tiempo. Hoy debe vd. de poner la pluma mucho mejor, con lo que ha aprendido en mejor escuela.

—Pero aquello.....

—Aquello era muy bueno; parecía artículo de fondo, Juanito. Yo estoy cierto de que vd. nació para periodista; y muchas veces, al leer los periódicos de oposición, me he acordado de vd., por la semejanza de estilos.

—Pero aun suponiendo que yo supiera escribir, me faltan los conocimientos necesarios para tratar los variados temas de un periódico.

—¡Pues qué dirá vd. de mí! Y sin embargo, me gano la vida escribiendo.

—¡Usted! exclamé asombrado.

—Sí, señor. Llegué á México sin saber cómo vivir; encontré á un diputado paisano que me conocía, y de recomendación en recomendación llegué á colocarme en una imprenta como doblador y enfajillador del periódico *La Columna del Estado*. Ganaba yo apenas lo necesario para no morirme de hambre y pagar un rincón del Mesón del Tornito. Gané un poco de confianza, y un día noté que cuando faltaba material para *La Columna* y el jefe no estaba de humor para escribir, encomendaba este trabajo á un

cajista, el cual lo despachaba pronto y bien, con media docena de párrafos. Me atreví yo también; el jefe vió mi empeño y buena voluntad, y pasado un mes, escribía yo la mitad de la gacetilla. Otro día escribí un artículo sobre lo sagrados que son los derechos del hombre, y el jefe me elevó otro poquito, señalándome tres pesos semanarios de sueldo. Ahora escribo yo casi todo el periódico, que es *bisemanal*, y he llegado á alcanzar cinco pesos cada semana, con los cuales vivo ya des-cansadamente.

Aturdido y lleno de asombro, miraba yo á Sabás con aire de bobo.

—¡Imposible para mí! dije sofocado. Eso es muy difícil.

—Lo mismo creía yo antes de hacerlo, replicó él con sencillez; pero nada de eso. Al principio mucho miedo, mucha vacilación, mucho escribir y tachar y volver á escribir; pero en cogiéndole el modo y tomando confianza, vemos que es muy sencillo el trabajo. El periódico es gobiernista, y, vea vd., á mí me gustaría más que fuera de oposición, porque eso es más bonito y tiene más inte-

rés y hasta es más fácil. Pues bueno: ya se sabe que nuestra regla es defender al gobierno, elogiar sus actos, aplaudir todas las disposiciones; y cuando la materia de éstas es de esas muy enredadas que no se entienden, se escribe en términos generales. Por ejemplo, se trata de una ley sobre la deuda pública, ó sobre cosa semejante, que yo no entiendo, ni siquiera leo, porque es larguísima y cansada. Pues entonces digo que los beneficios de la ley son innegables, y que demuestran la clara inteligencia, profundos conocimientos y patrióticas miras del Ministro del ramo; que ya se hacía indispensable esa ley para el sostenimiento del crédito nacional; y otras frases así, amplias y que sin duda vienen como de molde. A veces se ve uno en ciertos compromisos; pero sale uno como puede. Mire vd., yo acabo de sostener una polémica con un periódico de oposición, sobre la suspensión de las garantías individuales. Derecho Constitucional puro; pero ya ve vd. que esas materias del Derecho *filosófico* son de sentido común y no se necesita ser abogado para tratarlas. Además,

yo me atuve á los términos generales, y artículos van y artículos vienen, fuertes, muy fuertes; y el jefe me decía: «Bien, Carrasco, no afloje, déle duro.» Y yo firme, trabajando con todo empeño. Los periódicos amigos reproducían mis artículos y los elogiaban, y al fin la polémica terminó, porque se presentó otro asunto más importante de qué tratar.

No sé qué comezón interior sentía yo, oyendo á Carrasco, que se confundía y amasaba con el desagrado, el enojo ó no sé qué sentimiento de antipatía y repugnancia que tales revelaciones despertaban dentro de mí. Pero la comezón debía de ser muy viva, cuando no proferí alguna mala palabra contra todo aquello.

—Por lo menos, indiqué, sería preciso estudiar un poco la Gramática.....

—¿Y para qué? me replicó mi amigo con ingenuo entono. Nosotros no tratamos nunca cuestiones gramaticales.

—Pero, hombre.....

—Ni de otra ciencia, á no ser que nos lo propongamos, y en tal caso se lee antes alguna cosa, y eso basta.

La conversación continuó largo rato, y según íbamos entrando en ella, se exasperaba la comezón que yo sentía, aquella comezón ardorosa y picante que me fué poniendo inquieto y desazonado. En tanto Sabás parecía haber emprendido una conquista en forma, pues ya no se limitaba á referir, sino antes bien discutía con empeño y calor, como si tuviera designio de vencer mi resistencia, dando al través con mi modestia y buen juicio.

Nada; que había yo de consentir. Mi necesidad era urgente, y si yo quería, á él no le faltarían medios de conseguirme una colocación en *La Columna del Estado*. ¡Ya quisiera él escribir como yo! Además, recordaba que yo tenía mis buenas tinturas de diversas materias; pues más de una ocasión me oyó hablar en San Martín de cosas que él no entendía y que le dejaban turulato. Estaba seguro de que yo llegaría á mucha altura en breve tiempo, tanto en fama como en sueldo, puesto que comparándose conmigo, se veía tan insignificante y mendrugo.

Ya estaban cerca las ocho de la noche, cuando Carrasco se despidió de mí, no sin

anunciarme para muy pronto su segunda visita; y cuando bajaba ya la escalera, se detuvo y me dijo:

—Se me olvidaba decirle á vd. que Don José María Rojo, anda desde hace quince días buscándolo. Hoy no lo he visto, pero mañana le mandaré avisar que he dado con la casa. Yo lo averigüé al fin con un amigo que está empleado en el correo.

La alegría me aturdió y no pregunté á Carrasco el domicilio de Pepe. ¡Torpe! Tendría yo que esperar hasta el día siguiente.

Dadas las condiciones de nuestra cena, cualquier pretexto era bastante para no tener apetito. Aquella noche no fuí á la mesa. Pepe con su ancha y angulosa cara no me dejaba en quietud, y su recuerdo parecía que excitaba la comezón pertinaz que dejó en mis entrañas la conversación de Carrasco.

¡A las nueve tomé mi sombrero para salir, pero me detuvo la idea de que las calles estarían aún intransitables.

—No me esperará hoy; pensé, la veré mañana y quizá le lleve una noticia alegre.

III.

La Comezón.

BUSCAR el reposo en la almohada, es en ciertas ocasiones un bonísimo disparate, en el cual, no obstante, hemos incurrido todos los que alguna vez tuvimos una idea que preocupa ó una congoja que inquieta. Queremos descansar y eso basta; sin que haya razón que nos persuada ni escarmiento que nos aparte del primer designio. A la cama, que allí está el reposo. Y ponemos la cabeza en la almohada; es decir, la marmita al fuego.

Maté la luz, me volví hacia la pared, coloqué la cabeza en la mejor y más blanda porción de la almohada, cerré los párpados,

é hice un esfuerzo de convicción para no dudar que estaba yo durmiendo profundamente. Pero, por desgracia, olvidé por completo y á lo mejor, que dormía, y en vez de soñar (que era todo lo que podía permitírseme), eché con mis pensamientos por donde le dió la gana á mi destornillada cabeza.

¡Vaya un Carrasco, y qué cosas las tuyas! Eso de meterse á escribir periódicos sin saber nada, es buenamente un atrevimiento grosero y hasta tonto. Á lo mejor se le descubre á uno la oreja; y aun cuando así no sea, es una mentira gordísima y vergonzosa dárse por escritor quien apenas puede ser escribiente. Que yo lo haría mejor ó menos mal que Carrasco, es cosa fuera de toda duda; pero sin embargo..... estudiando, ya sería otra cosa: algo podría yo aprender y mucho lograría mejorar. Vamos á ver; en primer lugar la Gramática, aunque no fuera para entrar en polémicas sobre asuntos gramaticales, como decía Sabás; después algo de Geografía é Historia para no andarse con miedos al hablar de Prusia y de Turquía ó de Felipe II y Juan sin Tierra; en seguida

un poco ó dos de Economía Política, de Derecho Natural y Constitucional, y aun algo de buena Retórica fina y pulidita, que en estudiándola bien, enseña primores para ser literato, no que periodista. De todo esto ¿qué sabe Carrasco? Nada, y sin embargo es periodista. ¿Y cuántos habrá como él? Millares, de seguro. Desde luego es uno de ellos el que sostuvo contra Sabás la polémica sobre suspensión de las garantías individuales, que no cayó en la cuenta de la poca sustancia de su adversario; y luego son también de la misma costura los amigos aquellos que reproducían y elogiaban los artículos de Sabás, porque que los tales artículos eran una gran porquería, no debo dudarlos un segundo, puesto que Carrasco es un animal muy desarrollado.

Supongamos que acepto la proposición de mi amigo y comienzo á escribir sobre esto y lo otro; que sí podré, puesto que él puede. Algo se ha de aventurar; yo no puedo dar treguas, porque necesito un sueldo, nadie nace sabiendo, y la necesidad disculpa mi audacia. Todo esto es perfectamente claro y

debo persuadirme que nada hay de odioso en ajustar la conducta á las circunstancias. Al principio no lo haré muy bien; pero desde luego tomo el estudio con el empeño que se necesita; y al mes sé Gramática, y á los dos Retórica, y los tres, los cuatro y los cinco, lo demás que haya menester; y como la verdad es que tengo y siento ciertos bríos dentro de mí, no será mucho que á poco un artículo mío sobre el Estado X, tenga novedad, y que tal ó cual periódico llame la atención de la prensa sobre aquella producción mía. Escribo otro exponiendo los vicios, suponamos, de nuestro sistema electoral, y recibo mayores aplausos y es reproducido en tres periódicos. Pero alguno me combate y tomo por mi cuenta despedazar al tal descontento; le enderezo una respuesta viva, enérgica y profundamente razonada, que merece nuevos elogios; se entabla la polémica, animada y vigorosa, y como mi adversario es Don Fulano de Tal, hombre muy conocido y respetado en el mundo de las letras, la prensa toda sigue con interés la cuestión, hasta que declara por voz unánime que ha

quedado la victoria por el joven escritor Quiñones. Mi nombre es ya conocido, lo que lleva mi firma se lee con interés; el director del periódico está satisfecho y me aumenta el sueldo á cincuenta pesos mensuales, escribo más, y luego más sobre asuntos de importancia, tocando ya la Economía Política, ya el Derecho de Gentes, ya esta ó aquella materia intrincada y difícil, que estudiaré con asiduidad y dedicación. Y luego mi lenguaje es conciso y elegante, y sobre todo vigoroso y enérgico; muy enérgico. El Gobierno pára la atención en mi persona, los literatos, los hombres públicos, todo el mundo me conoce, y el que no, desea conocerme. Las cuestiones difíciles y peligrosas se me encomiendan á mí; el director sigue contentísimo y aun me aumenta otra vez el sueldo que quizá llegue al cabo á cien pesos. Soy el conocido escritor Don Juan de Quiñones, el hábil periodista, el publicista inteligente..... y aun quién sabe, quien sabe si por este camino se arregle al fin.....

Juro que pensé todo esto, mucho más que esto aquella noche de insomnio; y vuelvo á

jurarlo, si es preciso para que se me crea, por más que se tenga por exagerado para devaneo y sólo aceptable como invención de mal gusto. El agua derramada sobre una piedra cualquiera, apenas moja la superficie; pero vertida sobre cal viva, enciende el seno de la piedra que se desmorona encendida y humeante.

No me cabe duda: si Carrasco me hubiese propuesto otro medio de lucrar, por más que pareciera más cuerdo y realizable, no despertara tan vivamente mi imaginación. Sus palabras encontraron en mi alma una semilla fecunda, que al contacto de la nueva idea comenzaba á vivir con germinación rápida y prodigiosa.

Á haber tenido sobre la desmantelada y coja mesa de mi cuarto un poco de papel, plumas y tinta, me habría levantado de la cama para escribir en seguida un artículo sobre cualquiera cosa de las que no entendía. Pero, afortunadamente, no había sobre el tal mueble más que una cantarilla de barro y un vaso de vidrio del país, pues mis cartas las escribía yo en lo que Don Ambro-

sio Barbadillo llamaba su escritorio. Sin embargo, forjé en mi imaginación un buen trozo, defendiendo al Gobierno de los ataques que un menguado periódico le dirigía con motivo de no sé qué impuesto nuevo, y ví con verdadero regocijo, que los *términos generales* de Carrasco daban de sí en *mi pluma*, admirablemente.

Me había yo sentado al borde de la cama, como debía de hacerlo el Ingenioso Hidalgo, cuando se imaginaba, antes de su primera salida, una descomunal batalla con desmedido gigante ó con una serpiente de siete cabezas; y veía yo ¡sí! veía yo en mis manos un periódico, y en el periódico un largo artículo calzado con mi nombre, y en el artículo mil galas de lenguaje, fraseo elocuentísimo, y sutilísima argumentación. Veía yo á los pilluelos voceando *La Columna del Estado* y á los transeuntes detenerse al oír el nombre del papel, llamar al vendedor y comprar. Á mí me cortaba el paso un amigo ó quizá un personaje empingorotado de bomba y anteojos, para estrecharme la mano, felicitándome por la reciente victoria ó simplemente por

mi último artículo. Y veía yo muchas, muchísimas cosas más, con realidad palpable, sintiendo el rubor de la modestia ofendida, cuando alguien me dirigía un elogio, que no por frecuente llegaba á ser recibido con indiferencia.

Sin duda venía ya á toda prisa la mañana, porque el frío que entraba en mi estrecho cuarto, por las anchas rendijas de la puerta, se recrudeció al grado de meterme otra vez entre las sábanas muy á mi pesar. Y puesta otra vez sobre la almohada la cabeza, rendida y agotada mi calenturienta imaginación, descansé por algunas, aunque muy pocas horas, en un sueño agitado y lleno de visiones de papel impreso.

IV.

Jacinta y su casa.

○ la casa de huéspedes de la calle del Puente de Monzón no tenía cosa particular, ó hay que convenir (y quizá acertemos) en que no hay casa de hombres que no la tenga de más ó de menos. Estaba bien sucia, y en verdad no pudiera jamás estar muy limpia; y desde el zaguán, que en concepto de Barbadillo no corría de su cuenta, por ser dependencia de las gentes que habitaban el piso bajo, hasta el techo que era común á todos, la tierra en tiempo seco y el lodo en tiempo de aguas, se hacían dueños del campo sin contradicción ni envidia de los vecinos.

Una fuentecilla, cuyo surtidor, saliendo de la pared, lloriqueaba mezquinamente, solía hacer lodo al rededor por las mañanas muy temprano, cuando gracias al descanso de la noche, allegaba buen caudal y salpicaba el suelo; pero en saliendo el sol, el mozo de arriba, las criadas de abajo y la portera, la agotaban hasta raspar el fondo con las jícaras de hoja de lata, y durante el día todos ellos se disputaban el surtidor para llenar en media hora una cantarilla de quince litros. La portera vivía con su perro en el cuchitril debajo de la escalera, gruñendo siempre malhumorada y biliosa, culpando á *los de arriba* del mal estado de su salud sexagenaria, la cual, para mantenerse en paz, necesitaba que los vecinos se encerrasen á las siete de la noche. De las nueve en adelante, no la harían levantarse echando abajo la puerta, y en estos casos, que solían darse tres ó cuatro veces por semana, D. Ambrosio, previos cuatro reniegos, bajaba á abrir con la vela de vacilante llama en la mano, y calzadas las pantuflas que se arrastraban compasadamente por el suelo.

Nada tenía que decir la portera del montañés del piso bajo, pues salía y entraba por la panadería de que era dueño, sobre cuyo mostrador dormía el sobrino, recientemente importado á la República para darle carrera. Ni decía nada tampoco del matrimonio que habitaba las dos piezas interiores del fondo, porque, gozando de ciertas preeminencias con el montañés (odiosas en concepto de Barbadillo), tenía puerta franca por la misma tienda á cualquiera hora de la noche. La señora, cuarentona bien conservada y de temperamento sanguíneo, salía pocas veces por la noche, pues hacía sus visitas de día; y á pesar de su traje de gro negro que se utilizaba en las relaciones exteriores, parecía que no andaba con la holgura necesaria para asistir á teatros y tertulias. El Sr. Torrubio, su marido, le profesaba grave estimación y hacía de ella grandes elogios.

Subida la escalera (con cuidado para no romperse la crisma en los altos y despostillados escalones), se encontraba á la izquierda mi angosto y frío cuartucho, amueblado con una cama de fierro, dos sillas y una me-

sa sin pintar. Y no era el peor; pues el de los estudiantes que le seguía, sobre ser más reducido para dos personas, tenía las tablas del techo comidas por la lluvia que se filtraba, dejando ver por no pocos puntos, pedazos de ladrillo que cualquier día podían descalabrar á uno de los dos jóvenes. Y no entre en la cuenta el mueblaje; pues allí, silla que tenía respaldo, era coja ó se desarmaba con el peso del gato.

Siguiendo el corredorcillo apenas abrigado por angosto alero, y provisto de pasamano de varillas torcidas é irregulares, se llegaba, doblando á la derecha, á los dos cuartos que ocupaban el Agente de negocios, su mujer y sus tres hijos; hembra la una, entrada en trece años, fea y flacucha; varones los dos, y con górdura y robustez deslucida por los astrosos vestidos y la perpetua suciedad de las caras.

De la escalera á la sala, corrían en las mismas condiciones las vigas del piso, el pasamano y el alero, y allí se hallaba en primer término el cuarto de Doña Serafina Gomiera, enclavada en la Capital desde el

año anterior, por seguir un pleito importantísimo contra la testamentaria Sánchez Solo, cuyo albacea, pillo de excelentes tamaños para un presidio, había extraviado ciertos documentos para negar á la Sra. Gomera una respetable suma, á que tenía el derecho más claro y visible de todos los derechos que ha parido la ciencia de Papiniano.

Y allí (no había que preguntarlo), donde estaba la estaca de la cotorra y la cotorra misma royendo la pared, allí detrás de la puerta única que tenía vidrios, estaba el lecho coquetamente aderezado de Jacinta Barbadillo, con sus colgaduras raídas á fuerza de lavandera; allá estaba el suelo almagrado, el tocador sacudido y la jofaina del color de la leche; pues Jacintita antes que nada era limpia, desde el alma que recibía la ablución de dos misas diarias, entre siete y nueve de la mañana, hasta los ladrillos de su habitación, que se almagraban cada dos meses. En su cuarto había amontonado Barbadillo todo el lujo que era capaz de adquirir, y en aquella alma toda la virtud que era capaz de imaginar.

Vivía aún la señora de Barbadillo, y ya su marido había abandonado la carrera de las armas, cubierto de gloria, según él decía, y con el grado de capitán, cuando Jacinta llegó á los doce años; y viendo los padres con pena que la niña no sabía casi leer, ni absolutamente pintar un palote, una tarde, á la hora que tomaban el chocolate, entraron en serias consideraciones sobre la necesidad de educarla. Don Ambrosio desempeñaba un empleo de regular dotación, y bien podía hacer el sacrificio de gastar quince pesos mensuales, con tal que la niña alcanzara una instrucción que frisara con sus buenos ojos y su limpio nombre.

En efecto, Jacinta entró en un colegio de mediana reputación, y como éste estuviera demasiado lejos de la casa de Barbadillo, acordaron que quedara en él en calidad de alumna interna, yendo á pasar á casa las tardes de los sábados y enteros los domingos.

Al principio, lloraba la chica los lunes por quedarse en casa; más pasados dos ó tres meses, se afligía extraordinariamente cuan-

do el buen papá le decía, por probar su dedicación y amor al estudio, que iba á sacarla del colegio. La sola idea de abandonar el internado la apenaba profundamente, aunque le ofrecieran que iría diariamente á sus cátedras.

Dada tal dedicación, quién sabe cuánto tiempo habría continuado los estudios, si no acaecieran á Don Ambrosio dos desgracias juntas, que le obligaron á traerla á su lado: la muerte de su mujer y la cesantía. Ya Jacinta había cumplido los catorce años; pero en los ojos negros y hermosos, tenía chispas que revelaban á la mujer, más de lo que era justo á su edad.

Cuando Don Ambrosio me contó todo esto, concluyó diciéndome:

—Crea vd. que la muchacha aprendió mucho, mucho!

A la sazón, Jacinta había cumplido los treinta y dos años, entrando en ese período de la mujer en que, por lo común, enflaquece la cara y engordan y se redondean los miembros, como á expensas de las mejillas. Tenía buena estatura, aunque no garboso

33063